



Fernando Aínsa



El prostíbulo como templo- *Sombras sobre la tierra* de Francisco Espínola

Prostitutas buenas que pueden llegar a ser santas; la prostitución como forma de «arraigo» en un mundo que está separado tajantemente entre el Bien y el Mal; el prostíbulo como un «hogar» de fanales rojos para el huérfano sin raíces; el amor, el dolor y la violencia como formas de redención del pecado, constituyen el significativo universo que Francisco Espínola corporiza ética y existencialmente en *Sombras sobre la tierra*²⁸.

Este esfuerzo de sublimada redención es evidente en la obra de Espínola, más allá de las descripciones realistas y objetivas con que se presenta el cerrado mundo del Bajo. Es por ello que merece ser analizado en los elementos que lo estructuran funcionalmente en una alegoría representativa de una larga tradición temática latinoamericana.

En efecto, la constante del prostíbulo y la prostituta como heroína aparece en todos los períodos de la narrativa continental. Basta pensar, a simple título enumerativo, en *Santa* del mejicano Federico Gamboa, *Calandria* de Rafael Delgado, *Nacha Regules* del argentino Manuel Gálvez, *La Marchanta*, *Los fracasados*, *La Malhora* y *La Mala Yerba* del mejicano Mariano Azuela donde el tema aparece directa o indirectamente referido.

La narrativa chilena es pródiga en novelas sobre el Prostíbulo. La más famosa es *Juana Lucero* de D'Halmar, pero en -90- *El Roto* de Joaquín Edwards Bello el prostíbulo es centro y origen de la vida, aunque el naturalismo estético lo haga aparecer como expresión de las lacras sociales que condena apasionadamente el autor. El realismo se prolonga en *Un perdido* de Eduardo Barrios y se proyecta en forma de mítico escenario en *El lugar sin límites* de José Donoso. El mismo Donoso, en *El*

dinamarquero, un relato del sur chileno, aborda el tema de la prostitución con una variante: el prostíbulo itinerante que, al modo de la práctica medieval europea, recorre América Latina. Este mismo tema aparece lateralmente en *Los pasos perdidos* de Alejo Carpentier. La referencia a «las ribaldas del Medievo, que iban de Bremen a Hamburgo, de Amberes a Gante, en tiempo de feria, para sacar malos humores a maestros y aprendices» es clara. Escribe Carpentier: «Esas mujeres rojas corrían y trajinaban entre los hombres oscuros, llevando fardos y maletas, en una algarabía que acababa de atolondrarse con el espanto de los burros y el despertar de las gallinas dormidas en las vigas de los sobradillos. Supe entonces que mañana sería la fiesta del patrón del pueblo, y que aquellas mujeres eran prostitutas que viajaban así todo el año, de un lugar a otro, de ferias a procesiones, de minas a romerías, para aprovecharse de los días en que los hombres se mostraban espléndidos. Así, seguían el itinerario de los campanarios fornicando por San Cristóbal o por Santa Lucía, los fieles Difuntos o los Santos Inocentes, a las orillas de los caminos, junto a las tapias de los cementerios sobre las playas de los grandes ríos o en los cuartos estrechos, de palangana en tierra, que alquilaban en la trastienda de las tabernas. Lo que más me asombraba era el buen humor con que las recién llegadas eran acogidas por la gente de fundamento, sin que las mujeres honestas de la casa, la esposa, la joven hija del posadero hicieran el menor gesto de menosprecio. Me parecía que se las miraba un poco como a los bobos, gitanos o locos graciosos, y las fámulas de cocina reían al verlas saltar, con sus vestidos de baile, por sobre los cochinos y los charcos, cargando sus hatos con ayuda de algunos mineros ya resueltos a gozarse de sus primicias»²⁹.

-91-

La prostitución itinerante, ese nuevo «círculo sin centro» del buscado Templo americano, constituye el tema del relato de *La carreta* y la novela del mismo nombre de Enrique Amorim. En la dimensión surrealista de una desproporción mítica forma también el hilo conductor de *La increíble y triste historia de la Cándida Eréndira y de su abuela desalmada* de Gabriel García Márquez. Más irónico y divertido, pero no menos significativo, también es el tema de *Pantaleón y las visitadoras* de Mario Vargas Llosa. La anécdota, recogida de la historia de la Primera Guerra Mundial, cuando en las campañas del norte de África los italianos organizaron prostíbulos itinerantes para sus tropas estacionadas en el desierto, es representativo de una mentalidad castrense y militar que Vargas Llosa critica más allá de la objetividad de su narración. El mismo escritor peruano había desarrollado en *La casa verde* la idea de un prostíbulo que es para Anselmo, la Selvática y para los parroquianos de la mangachería, morada, hogar y símbolo de juventud y alegría. Sólo para el Padre García, la «casa verde» es centro de vicio, crimen y corrupción.

La misma narrativa uruguaya, a la que pertenece Francisco Espínola, ha tenido en las obras de raíz existencial de Juan Carlos Onetti, la magnífica expresión de la prostituta-santa y la prostituta-virgen que puede desprenderse del mundo de los marginales agónicos que va de *El Pozo* a *El astillero*, pero que tiene en *Juntacadáveres* su mejor ejemplo: el prostíbulo ideal³⁰.

El tema puede rastrearse en obras menores como *A la una, a las dos y a las...* de Martín Gómez Palacio, o en *Bahía: el manuscrito de un braquicéfalo* del portorriqueño J. J. de Diego Padró o en *Andreida: el tercer sexo* de A. Izquierdo Albiñana. En *Prometeo*, del ecuatoriano Humberto Salvador, el más crudo realismo acompaña la

historia de Carlos, el inspector del -92- Colegio Mejía, que se gasta el sueldo de un mes en una noche con una prostituta quiteña.

Al tomar el ejemplo narrativo de *Sombras sobre la tierra* de Francisco Espínola no queremos otra cosa que utilizar los valores simbólicos de su alegoría, al mismo tiempo que proyectar su novela, circunscrita siempre por diferentes razones al ámbito nacional uruguayo, a un más legítimo nivel latinoamericano. La *función sinónima* que propusiéramos en la primera parte de este libro, tiene aquí una excelente oportunidad de aplicación metodológica.

△ ▽

1. El huérfano como rebelde agónico

Juan Carlos, el protagonista de *Sombras sobre la tierra*, es huérfano. Su padre murió asesinado y su madre agonizó lentamente víctima de una incurable tuberculosis. Desnudo y desinvestido de afectos familiares, el héroe de Espínola vive solo en un gran caserón vacío, cuidado por una vieja negra, Basilia. Esta condición de huérfano en el *origen* explicará muchas actitudes y la dimensión de la desafiante «rebelión» del joven estanciero. Pero al mismo tiempo, lo inserta en una vasta tradición literaria: el huérfano como ser mítico, ese joven primordial, divino niño del mito de los orígenes, que debe afrontar solo los peligros del mundo, creciendo a los únicos impulsos de sí mismo. Este desafío exterior será muy atractivo, pero peligrosamente moral, aunque -al mismo tiempo- también esas dificultades lo hagan aparecer revestido de los excepcionales poderes que brinda la fortaleza individual y pura del hombre solitario.

Cuando el pequeño Dionisio, en el mito órfico, es capturado y despedazado por los Titanes, su padre Zeus está ausente, ha recordado oportunamente Furio Jesi³¹. El niño primordial, dice Jesi, *debe* ser un huérfano o un abandonado; Zeus intervendrá sólo más tarde, cuando saque en el cuerpo -93- fulgurado por los Titanes al niño regenerado. La figura de este héroe novelesco huérfano parece tener que ser así, por fundirse en ella la experiencia de los terrores del hombre abandonado en un mundo primordial dividido entre el Bien y el Mal.

Juan Carlos participa en *Sombras sobre la tierra* de esta desgarradora experiencia «agónica»³² e intentará, en los momentos de máxima soledad, evocar a la figura materna o a la más difusa y olvidada del padre. «Qué vida ésta, mamá!» exclama una noche mirando la fotografía que cuelga en su dormitorio. «Ay! mamá. Yo no estoy enojado contigo, pero... pero...? en dónde me encuentro? ¿Qué es esta vida, mamá?», aunque luego llorando se aclare a sí mismo: «Cómo, cómo es posible que te eche nada en cara!»³³. En otra oportunidad, aún sintiendo «ardiente cólera» por lo herético de la imagen que lo persigue, Juan Carlos funde en el rostro de la Nena, la joven prostituta que es su amante, los rasgos del rostro de su madre: «los recuerdos, el sentimiento de ambas, se entrecruzan, se confunden»³⁴.

Si la imagen de la madre persigue al héroe de Espínola, la del padre se ha esfuminado en el tiempo. Como el Cristo agonizante en la cruz, Juan Carlos podría

exclamar: «Eli, Eli, lama sabactani?» como testimonio de la suerte del huérfano a quien el auxilio paterno sólo llega después de la muerte. Pero ya se sabe que no hay religión que garantice la presencia del «padre de los cielos». El héroe de Espínola deberá fijar sus ojos en el origen de su suerte, para sentir ante una vida que no entiende, como el poeta Rilke: «soy el último de mi estirpe», el predestinado a nombrar y evocar por última vez un mundo que parece agradecerlo en todas sus formas.

Juan Carlos es además -y como todos los huérfanos míticos de la literatura universal- un «rebelde» que empieza por «desobedecer» el orden. Como Adán, el huérfano original, al desobedecer deberá sufrir el castigo de su expulsión del Paraíso. En su caso, perder el Paraíso, supone dar paso a la anarquía y a una dualidad ambivalente.

-94-

△ ▽

2. La sinuosa línea del bien y del mal

Sin lazos familiares que lo aten a una visión determinada del mundo, el héroe de Espínola enfrenta en su anárquica rebeldía una realidad que se le aparece dividida en notas extremas e indiscutidas: hay en el Pueblo un Centro donde viven los representantes del Bien y un Bajo donde se objetivan para esos dueños del Bien, las notas que caracterizan el Mal.

El esquema es simple, tanto geográfica como espiritualmente: «El Bajo es el desahogo del pueblo. En sus prostíbulos se desvían y se extinguen las llamas de la pasión que, de otro modo, podrían causar estragos. Allá, arriba, en el Centro, las muchachas pasan sin peligro de su honor, los mejores años, los que bullen en las venas como enjambre, mirando sus días solitarios y sus faldas vacías; con la imagen del novio al que un penoso ahorrar va acercando lentamente, tan lentamente, de manera extraña al amor, que lo transforma en vulgar cosa acostumbrada».

«El Bajo es el vaciadero. Se desprenden los mozos de unas monedas y de un ansia y suben hacia sus moradas ya apaciguados. Para seguir en medio de sus cuatro sueños cortos y en su vida larga»³⁵.

Esta descarnada y cruda presentación que divide tan tajantemente el mundo del Bien y del Mal, con un Centro (que es arriba) y un Bajo que invita a pensar en el Infierno, debe provocar un indignado rechazo. El mundo no puede ser así. «Esto asquea», dirá el propio Espínola. Sin embargo, partirá de un esquema tan maniqueo para ir estructurando en *Sombras sobre la tierra* una posible salvación a su elemental dualismo por la vía expiatoria del amor, como si para proponer el posible reinado del Bien en el ámbito prostibulario, necesitara de un pasaje por un Purgatorio hecho de despojamiento y unción. Si allí está el pecado, este puede lavarse en su propio territorio, redimible en su esencia y -95- porque, nada heréticamente, la condición de prostituta puede ser paso previo a la de Santa.

Sin embargo, el esquema dualista del Bien y del Mal tiene a sus cancerberos implacables. Son los que *deben* estar siempre recordando dónde está la línea precisa que separa sin concesiones sus zonas irredimibles. El Jefe de la Policía, el médico del pueblo, Don Luciano, el Coronel militar y los «gruesos» representantes del *ordense* reúnen en un salón del Club Social para deliberar sobre la conducta de Juan Carlos, ese amante de una prostituta y frecuentador diario del mundo del Mal, que ha sospechado que puede existir allí la bondad.

Los cancerberos son jueces y le piden que «cambie de vida» y ese «cambiar» supone encarnar los valores del pueblo y de su Centro: casarse con una «muchacha linda y buena», fundar «un hogar», «perpetuar el nombre y la vida», cuidar de los cuantiosos bienes familiares, «un dinero que no puede quedar sin dueño»³⁶. La conducta de Juan Carlos puede ser comprendida, aunque no justificada, porque es «un huérfano». Sin embargo, no se tolera que corrompa a los jóvenes que lo imitan, porque «ellos tienen padres y hermanas». El huérfano *podría* transgredir la línea del Bien, siempre y cuando no fuera ejemplo de quienes ya tienen familia. «Juan Carlos, estás perdiendo a nuestros hijos»: este es el delito máximo que se le imputa.

Pero *Sombras sobre la tierra* es una novela que plantea otras dudas en un esquema tan simple. Sus páginas trascienden una mayor ambigüedad: la oposición entre el Bien y el Mal es análoga a la que existe entre nosotros y los otros, entre el dentro y el afuera, es una oposición que está en nosotros mismos y en la tensión agónica que nos embarga a los humanos. Nunca puede ser, en la visión existencial de Espínola, la simple división entre Centro y Bajo, señoritas y prostitutas, casas de familia y prostíbulos, huérfanos y poseedores de padres y hermanos. El Bien y el Mal no pasa -96- necesariamente por las calles que dividen una y otra zona de la ciudad.

Sin embargo, Espínola no comete el error de proponer un *orden* inverso al establecido: el Bien asentado en el Bajo y el Mal reinando en el Centro. Su apuesta es mucho más ambigua y existencial. «Señor que los habéis amasado con esta tierra. No os asombréis de encontrarlos terrestres», había escrito el poeta Péguy abriendo las compuertas a la gran duda cristiana: ya que Dios es el autor del hombre, ¿no es igualmente responsable del pecado que el hombre comete? Castigar a la especie humana por un crimen que su naturaleza le predispone a cometer, contradice la idea de bondad. No es extraño, pues, que el campanario de la Iglesia del pueblo proteja con su sonido tanto al Bajo como al Centro. Todo está en su reinado, un mundo rico y variado, donde es difícil arrojar «la primera piedra» contra los «condenados» del Bajo.

Continuamente, en *Sombras sobre la tierra*, las campanadas de la Iglesia ruedan con idéntica misericordia sobre las zonas que el hombre ha dividido en Bien y Mal. El templo, casa de Dios, protege sin diferencias, con su aureola, a quienes están en una y otra zona, borrando todo posible distingo. Esas mismas campanadas recurrentes en toda la novela, anuncian una mañana que Cristo ha resucitado, alborozo que Juan Carlos festeja descerrajando cinco tiros hacia el Cielo en el patio del prostíbulo³⁷.

Pero al resucitar, Cristo queda paradójicamente solo. «Cada cual tornará tranquilamente a sus cosas. Pues Jesús vuelve a velar por todos. Junto a Dios. Atento y todomisericordioso».

Otras veces, las mismas campanadas «parecen haber surgido de lo profundo de la tierra»³⁸, aunque sobre el campanario de la Iglesia está siempre la Cruz del Sur abriendo «sus brazos piadosos sobre la ciudad dormida y sobre el Bajo despierto»³⁹.

-97-

△ ▽

3. La eterna pareja del criminal y la santa

Mientras todas las perfecciones coinciden en la *unidad* que las campanas simbolizan, el mundo del Bien y del Mal, puede fragmentarla en diversidad, como un prisma descompone en espectro un solo rayo luminoso. Como dirían los estoicos, solamente por la multitud de esas facetas el mundo puede corresponder a la idea de *unidad* que pretende Dios: tiene que haber de todo para hacer «este mundo».

«Esta doctrina permite refutar las objeciones que consisten en denunciar la inutilidad, la fealdad o la nocividad de tal o cual ser; los pantanos, la jirafa o la cicuta, no inspiran ninguna crítica al sabio puesto que contribuyen a la variedad del universo. Una concepción jerárquica de la realidad nos compromete así a la vez a no confundir los niveles y, por otra parte, a considerar en bloque el conjunto de la jerarquía», sostiene Elisabeth Labrousse⁴⁰.

Pese a las dificultades filosóficas, los esfuerzos de Espínola en *Sombras sobre la tierra* para convocar una forma única de la expresión divina, borrando todo esquema dualista «apriorístico», son evidentes. Puede hablarse, en este sentido, de una triple función alegórica y expiatoria de su obra:

- A) El prostíbulo como templo hogareño del huérfano.
- B) El amor como transfiguración del pecado.
- C) Los sueños de la violencia como Juicio Final redentor.

Vale la pena analizar someramente cada una de estas funciones alegóricas propuestas a efectos de comprender la cabal unicidad de la obra de Espínola y su proyección en el universo mítico del prostíbulo como *templo* en la narrativa latinoamericana.

△ ▽

A. El prostíbulo como templo hogareño del huérfano

El huérfano no tiene hogar; porque vivir en «una casa» -98- no supone siempre tener *un hogar*. Así lo siente Juan Carlos cuando asciende lentamente desde el Bajo hacia su casa. Una minuciosa descripción acompaña uno de esos «ascensos», pautando un evidente deseo de «no querer llegar» a su casa⁴¹: «Juan Carlos sube hacia el Centro. A paso largo y lento, abatida la cabeza, el hombre». Viene del prostíbulo, ha dejado durmiendo a la Nena y entra en su casa vacía. Esto ya no es un hogar ni puede volver a serlo.

Por el contrario, el día en que Juan Carlos duerme en el prostíbulo su despertar es radiante, destacado por notas tan simples como «un sol alegre», ruidos en la cocina y la huida de dos chingolos que han entrado confiadamente en el comedor. Este prostíbulo puede ser «un hogar», el posible *templo* para la conciencia huérfana de Juan Carlos. En los hechos ya lo es para las muchachas que viven en él, donde por las mañanas «entran el panadero, con su canasta al brazo, el vasco de la leche. Resuena el latón de su tarro. Ofrece desde la calle el verdulero su mercancía. Discuten el precio las compradoras. Se cambian saludos, se comenta el tiempo. Diríase que un niño va a irrumpir por la puerta a colgarse del carro. Arde alegremente el fuego en la cocina. Las ollas hierven. Un tufillo agradable invade el ambiente. En los chorros de luz danza el polvo que levanta la escoba. La casa se llena de claros rumores. Entra la vida con el sol matinal, recorre y enciende todo su soplo reconfortante. Es una casa, entonces, como las otras...»⁴².

No puede extrañar la reacción de Juan Carlos, cuando un cliente temprano rompe la idílica visión de «esta casa como otras», para recordar que aquello es un lupanar donde se puede comprar a su mujer por un peso. El sortilegio se rompe: Juan Carlos echa al inoportuno, insulta y golpea a la Nena y huye corriendo. Aquello *tampoco* puede ser el «hogar» buscado para su orfandad. Está perdido y lo confesará abrumado a -99- Olga, la muchacha del reinado del Bien que vive en el Centro: «Olga, yo debo venir aquí más seguido. Yo estoy solo».

Olga, la hermana de Martín, es la mujer-alternativa de Juan Carlos. Si elige su amor no tendrá problemas en la zona del Bien a la que pertenece por nacimiento. Sin embargo, pese al cariño que le inspira en varias oportunidades: -«Piensa entonces en Olga»; «La idea de Olga llega secretamente, se funde poco a poco con su pensamiento y se aleja entre un remolino de imágenes disociadas»⁴³- no puede nunca identificar esa imagen con el recuerdo de su madre, la síntesis perfecta de madre-amante que ha logrado en la Nena.

Pese a todo, el prostíbulo de Espínola, como el de Donoso y Onetti, está sacralizado. Una casa común se ha transformado en prostíbulo a través de su transfiguración por la muerte y la destrucción. En la casa donde es pupila la Nena, murió, languideciendo lentamente tras los cristales, una mujer de piel muy blanca. Luego, quedó deshabitada. «Trizaron sus vidrios las pedradas del chiquillerío. Hasta que cierta mañana, muy temprano, abrióse de par en par la casa. Y uno a uno fueron colocados nuevos cristales. Pero tras ellos no se vio otra cosa que los postigos, también verdes, ahora»⁴⁴.

En la objetivada y acumulativa descripción realista que hace Espínola de las habitaciones donde viven y trabajan las prostitutas, una pobreza escénica, casi de celda conventual o de prisión, surge como característica de un mundo expiatorio. El Purgatorio no debe ser peor, ni mejor.

«A los lados del lecho de dos plazas hay sendas mesas de luz con floreros muy cucos, desde los que, sobre tallos de alambre, asoman corolas de papel. Al medio de la pieza, una mesa cubierta por un tapete. Allí el cliente sin prisa y con dinero puede beber a solas con la mujer. En un rincón, otra mesa más pequeña. Sobre ella, una botella, un calentador a kerosene... Y frascos, cajas, potes de uso femenino. En otro extremo un biombo verde evita ver una palangana y un balde. Un gran ropero con espejo y varias sillas completan el mobiliario. -100- Y por sobre todo cae la luz de la lámpara que una pantalla suaviza en celeste»⁴⁵.

Alberto Zum Felde sostiene que «la proeza literaria de Espínola ha sido ir manejando con difícil y delicadísima justeza el contrapunto paradójico de los dos planos, el objetivo y el subjetivo, en un terreno que le ofrecía el máximo de riesgo y de triunfo. Pues, mientras exteriormente se ve a las pobres mujeres moverse como autómatas, en el bajo y triste ajetreo de su menester y de su oficio -sin que se ahorre ningún detalle brutal o repugnante, antes bien, con lujo de ellos, pues ese lujo está dentro del procedimiento necesario para el contraste- interiormente nos las muestra, nos las transparenta, en un sueño, casi en un sonambulismo de cosas, ingenuamente románticas...»⁴⁶.

Pese a esta pobreza y a la condición desagradable de muchos de sus objetos, este mundo prostibulario ofrece seguridad y es un «hogar» para las pupilas. Esta seguridad se comprueba cuando se describe cómo vive la Coca, la amante de Martín, la que ha salido del *templo* para exigirse horrores cada vez más intensos. En una pieza de piso de tierra y húmedas paredes, sucias de humo, «hay una destartada cama de nogal y una mesa de noche a la que le han quitado el mármol. Sobre ésta posa un reloj despertador. Hay también dos enterizos bancos de ceibo. Y encima de un cajón de kerosene, una palangana, una peinilla, un jabón entre su charquito de agua espumosa»⁴⁷.

Por contraste, ahora el prostíbulo puede ser aquel «hogar» que se sospechaba al principio. Pero hay más en la alegoría de Espínola.

△ ▽

B. El amor como transfiguración del pecado

No es fácil para un narrador existencial librarse del esquema dualista de la teodicea cristiana en el cual coexiste el -101- pesimismo de los condenados con las tesis optimistas de la salvación. Para los elegidos este optimismo se justifica. Al fin de cuentas, como anota Elisabeth Labrousse⁴⁸, para éstos los males no son más que una disonancia pasajera que se anula en la beatitud última donde el Bien y el Mal, en tanto correlativos, desaparecen para dejar lugar al bien absoluto que es «lo mejor» leibziano. En cambio, desde el punto de visto del condenado, la teodicea cristiana es acentuadamente pesimista: él está excluido de la armonía final donde cada criatura se ordenará en relación a Dios. La disonancia y la separación se eternizan. No hay consuelo para «los malos», a quienes sólo les cabe maldecir su muerte o resignarse ante la desgracia de su existencia.

En este esquema la prostituta está *condenada* desde el origen. Arrastra una culpa que la convierte en una fatal encarnación del Mal. Como todos los seres condenados «por los demás» a una forma decretada de la maldad, la Nena, Coca, Margarita y todas las prostitutas del Bajo, han elegido lo peor porque «no podían» elegir otra cosa. Su vida está completamente trazada; sin pasado conocido, arrastra una desdicha inherente a su condición. Parafraseando la conocida frase de Jean Genet «he decidido ser lo que el delito ha hecho de mí»⁴⁹ podría decirse: «He decidido ser lo que la prostitución ha hecho de mí».

Puesto que la Nena no puede «eludir» su destino, *será* su propio destino; puesto que tiene vedado el acceso al mundo sedicente del Bien (el Centro) asumirá su resignada vocación en el Bajo. La sociedad le exige que encarne a «la malvada», porque una prostituta no puede ser otra cosa. Así hasta -102- que aparezca el amor. Entonces se necesita ser buena y probarlo a los demás como a uno mismo.

Juan Carlos le preguntará: «Tú eres buena, ¿verdad, Nena?» para luego insistir: «Yo lo sé, lo sé pero es necesario que lo digas, que yo lo oiga».

«-Soy buena, Juan Carlos.

-A pesar de lo que han destruido en ti, eres buena. ¿No es cierto? ¿No es cierto, Nena?

-Sí, soy buena, Juan Carlos.

-Mi madre era una santa!»⁵⁰.

En estos momentos se sospecha que el Mal es un concepto para uso externo. Nadie dirá de sí mismo, antes de ser reconocido culpable: «Quiero el mal». Sea un valor arbitrario de los demás, proyección o catarsis de la sociedad esta «condena» de la Nena permite hacer sospechar en *Sombras sobre la tierra*, notas más ambiguamente crueles. Juan Carlos sabe que el secreto de su amor es querer en la Nena lo que «los demás» han decretado que es Maldad y que él sabe bondad esencial.

«Es que soy un atravesado -se dice-. Si la saco de aquí, si la retiro, me parece que no la querría. Como si yo para querer tuviera que compadecer. Como si no pudiese querer más que lo triste, lo que me da lástima...»⁵¹.

Otras veces se puede sospechar que este amor de Juan Carlos es representativo de un amor más genérico: «En la ya oscura habitación, la Nena duerme. Entre los brazos de Juan Carlos descansa su carne triste. Él pega su cara a la cara de la joven prostituta. Una removedora ternura ha ido desbordando su corazón. Voces, gemidos ahogados... Hacia él se dirigen. Manos implorantes... Poco a poco va trascendiendo su ansia hasta abarcar el mundo, hasta hacerlo sentir que es la humanidad entera la que tiene entre sus brazos, triste y fatigada, impura y santa»⁵². Entonces puede surgir una opción: «Ya nunca, nunca más volverá con los míos. Seré -103- bueno, por fin. Seré espantosamente bueno. Moriré por ti... Ah, no! Más bueno, más bueno, todavía! Mataré por ti...»⁵³. Por un momento, «es la humanidad entera, callada, en sus brazos hercúleos. No es desvarío. Es no más...».

Pero este amor o el más específico que le inspira la Nena no podrá ganar el corazón de Juan Carlos. También él es prisionero del esquema dualista que no logra romper ni las recurrentes campanadas de la Iglesia sobre *todo* el pueblo y así se dirá otras veces, sin poder disimular la condena de sus palabras:

«Nena, Nena, ¿por qué eres lo que eres?».

El amor prostibulario, para formalizarse, necesita del dolor. Cuando la Nena reclama: «Yo quisiera que fueras mi marido, Juan Carlos!», la forma de sellar ese vínculo no es en una alegre ceremonia, sino haciendo que su pecho sea mordido, hasta dejar una marca cárdena que la prostituta ostentará con orgullo.

Las vías de acceso al amor de las prostitutas se cumplen a través de humillantes prácticas de sometimiento al «macho». «La vida de la prostituta se hace recién con su “macho” -escribe Espínola⁵⁴-. El “macho” es el semejante con quien la soledad se prolonga, que permite pensar en alta voz, ante el que no se está obligada a ocultar una pena, con el que se puede ser digna, más femenina! sentirse ella misma alguna vez». Espínola insiste más adelante que «si la prostituta se siente protegida por su “macho” frente a la patrona, al comisario enamorado, al milico extralimitante y al compadrito avieso, no es menos cierto que también este hombre puede ser objeto de amor: “Tener por quién llorar, por quién escrutar el destino; poder hacer mil sobrecogientes conjeturas ante su demora; sentir violentos pálpitos al ruido de unos pasos!... con-padecer la vida! Vive recién entonces, puesto que ama, gracias a él, el único!”».

Y es que el mal debe expresarse siempre por el dolor, -104- aunque resulte difícil explicar cómo en la obra perfecta de un Dios todopoderoso, ese dolor se permite. Juan Carlos intentará una respuesta en el monólogo que hilvana frente a esa Nena que no entiende sus palabras, pero que las siente por la vía emotiva:

«Parece a veces, Nena, que hay una gran presencia en la vida que comparte nuestro dolor, que compadece. Cuando, sufriendo mucho, nos ensimismamos; cuando estamos solos de toda soledad, o cuando estamos como yo contigo, ahora, sin turbarnos ni con el pensamiento, entonces se hace más presente, aún. ¿Será eso Dios, Nena? Pero es que a veces se tiene la sensación de que hay un sufrimiento suyo que es anterior al nuestro; que su dolor puede ser la causa del nuestro. Que Dios es desgraciado... que es impotente la causa del nuestro. Que es un prisionero como nosotros... ¿Después de Dios puede haber otra cosa?»⁵⁵.

En otra oportunidad, borracho y desconcertado, gritará: «Nadie entiende nada de nada; ¿Y por qué no decirlo de una vez? ¿Para qué hacer creer que se entiende? ¿Eh? ¿Dime?»⁵⁶.

Si el amor es una forma de salvación y de redención para el pecado, el Mal que teóricamente se expresa en éste puede tener una piadosa vía expiatoria en su propia comisión. Al caer en el pecado, ya se está redimiendo el alma que lo comete: su posible ignominia aparece redimida en la forma y en la intención del acto. ¿De qué otro modo podrían entenderse los «pecados» de Julia iniciando al adolescente con delicada ternura maternal o el de Margarita atendiendo al jorobado Carlín, aquel que lloraba la humillación de su condición en el patio del prostíbulo y que, al ser amado, se siente

depositario de una beatitud angélica que identifica con una manifestación del Paraíso en la tierra?⁵⁷



C. Los sueños de la violencia como Juicio Final redentor

Francisco Espínola propone estas y otras formas de redención -105- alegórica en el simplificado mundo del Bien y del Mal. Si el amor era una, el odio puede ser otra.

Cuando la división político-partidaria amenaza dividir también las dos zonas del pueblo entre Blancos y Colorados, Juan Carlos tiene una pesadilla premonitrice: «El Bajo, el pueblo entero, arden de odio y de cariño a influjo de las divisas tradicionales. Y este amor intenso y su opuesto ineludible, que contribuyó a acentuar, él, racionalmente, cuando se enfrenta a sí mismo, ya no los justifica hasta ese grado. Además, su pensamiento ha ido más lejos, fuera del horizonte de los partidarios, más allá de blancos y colorados. El Centro es la civilización con su exigente desvirtuamiento. Aquí, en el pueblo, peor que eso, porque es un torpe remedo. Quien no se deshace y se reforma, al Bajo. A aniquilarse entre las guitarras y la caña y los vicios apiadados. Todo el mundo está lleno de Centros y de Bajos; de pulpos chupadores de la vida y de hombres escapados a sus tentáculos, perdidos en el oscuro instinto de la libertad que no se quiere entregar. Hijos de los Bajos del Mundo, bajadlo todo a la tierra! Purificad, enterrad! Que no quede piedra sobre piedra!»⁵⁸.

Estos razonamientos progresivos van abriendo paso al profético sueño final, tan similar al de *Corral abierto* de Enrique Amorim⁵⁹: «El Bajo hormiguea. Los callejones se van poblando de gente que irrumpe de las casuchas, de los ranchos; de hombres que se levantan de los campos, descansados por la ira. Las mujeres que en tropel se incorporan traen armas, también: hachas, trozos largos de hierro, palos. Los puños se tienden amenazantes hacia la confiada ciudad de arriba»⁶⁰. Juan Carlos, alucinado y borracho, sueña con encabezar ese tumulto humano que avanza del Bajo hacia el Centro para invadirlo e incendiarlo siguiendo la profética conseja -106- del mendigo Mangunga: «Este pueblo caerá como Babilonia!». A sangre y fuego, pero entre el humo y los gritos la imagen de Olga, la «muchacha buena» de evocadores ojos verdes que vive en el Centro y que podría ser su esposa, surge para despertar a Juan Carlos de su sueño apocalíptico por la violencia. Las furias desencadenadas volverán a su ambiguo sosiego: Olga vive en el Centro y ella encarna parte de sus valores. Invertir los mundos por el odio no es tampoco la solución: también aquí habría víctimas inocentes. Una vez más, la línea divisoria del Bien y del Mal resulta sinuosa, envolvente y paralizante. ¿Quién puede, entonces, tirar la primera piedra?

Cierto ineludible fatalismo acompaña estas últimas etapas de la alegoría de Espínola. Si el amor es imposible, el odio también lo es y al final de *Sombras sobre la tierra* se adivina que el mito del huérfano, para garantizar su salvación, debe repetirse en su maldición original.

El tiempo del huérfano es eterno porque es cíclico. Debe repetirse, como una maldición, el triste destino del padre en el hijo al que condena desde el momento de su gestación, a ser otro huérfano, a ser su propia reencarnación en el tiempo. Matarse a sí mismo para encarnarse en otro, arrancado a su propio ser y depositado en el objeto de su amor es lo que Juan Carlos quiere con un hijo, porque será un hijo condenado a ser como él: «Un niño, un niño! Dame un niño, Nena»⁶¹, aunque compruebe en el mismo instante en que lo concibe que «Estamos acorralados. Todos estamos acorralados. Sólo esto es santo y puro!».

Esta pureza y santidad logran encarnar su deseo, el mismo que aparece proyectado bíblicamente al final de la novela en las palabras del vicio Mangunga. La Nena, sintiendo el germen de una nueva vida palpitando en sus entrañas, escuchará las proféticas palabras: «Alégrate, oh estéril, la que no paría; levanta canción, y da voces de júbilo, la que nunca estuvo de parto; porque más serán los hijos de la dejada que los de la casada, dijo Jehová»⁶².

Pero pese a esta esperanza, la Nena, como todas las prostitutas cuando son madres, deberá condenar también a su hijo a la orfandad. Si no es el padre, es la madre la que falta y el testimonio de Iracema, la pupila que agonizando confiesa tener una hija a la que dijeron que su madre había muerto hacía tiempo, resulta de un patetismo desgarrador. Preferir «morir» a los ojos de un hijo, hacerlo huérfano antes de tiempo; he aquí otra de las tristes claves de la investidura de las condenadas de «la tierra de las sombras» del mundo de Espínola: matarse en vida para no romper el mito doloroso del huérfano que aparece eternizado en un círculo que asume con resignada fatalidad la Maldad que han decretado los demás. Sin esta alegría, pero con esas esperanzas, se cierra esta novela de tan personalizado soplo existencial y de tan significativa alegoría humanista.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace. www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

